

373 606



AÑO I.

NÚMERO 1.º



**A**lgunos de los

MARZO





20 céntimos en toda España

# APUNTES

Número atrasado 30 céntimos

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO  
Se publica todos los Sábados

ADMINISTRACION: VALENZUELA, 10.—MADRID.

Madrid, trimestre.....	2,50 pts.
„ año.....	9 „
Provincias y Portugal, trimestre..	3 „
„ „ año.....	11 „
Ultramar y extranjero, semestre...	9 „
„ „ año.....	17 „

Las suscripciones se contarán desde el primer número de cada mes. Pago adelantado.

## ANUNCIOS

Se admitirán con arreglo á tarifa en esta administracion.

Para la sección de anuncios artísticos son de cuenta de la redacción de "APUNTES" los dibujos, originales y distintos en cada número.

## Centros de Suscripción

Papelería Inglesa, Principe, 15.—Hige Life, Sevilla, 14, y en las librerías Guijarro, Preciados, 5.—Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.—Murillo, Alcalá, 7.—Suarez, Preciados, 48.—San Martín, Puerta del Sol, 6.—José Ruiz y Comp.<sup>a</sup> Principe, 14.—Romo y Fusel, Alcalá, 5.—Hijos de Cuesta, Carretas, 9.—Mateu, Barquillo, 6.—New England, Carrera de San Jerónimo, 29,

# APUNTES

Año I

Núm. I

Madrid 22 de Marzo de 1896.



Casacón, Jiménez Aranda.—Desde el tejado, El Autor.—Por qué lloran los viejos, Casañal, con ilustraciones de Lezcano.—Boceto del cuadro «La Capilla Sixtina», Vicente Palmaroli.—El pórtico de la gloria, Pérez Galdós, ilustrado por Mélida.—Una vieja, Plá.—El ciclópeo, J. Alcalá Galiano.—Haciendo media, Madrazo.—Bagatelas, Ansorena.—Las brujas, Pereda, con ilustraciones de Sorolla.—Notas de la guerra, por Navarro Ledesma, ilustrado por Lezcano.—A la Prensa.—Anuncios artísticos, S. de la T.—Distracciones, Andreu.

CASACÓN, por Jiménez Aranda.



## DESDE EL TEJADO

RAMOS pocos y...

Esta señora tan conocida me encarga ofrezca al público un nuevo servidor. APUNTES, y siendo al mismo tiempo abuela y madre, á nadie extrañará que vea en su nuevo hijo brillantísimas cualidades. Y en verdad que si no llega á donde le impulsa su entusiasmo y su buen deseo, no habrá persona culta que no le envidie la honra de estampar en sus hojas firmas como las de Sorolla, Pereda, Pérez Galdós, Jiménez Aranda, Sellés, Plá, Ansorena, Mérida, Madrazo, la mía y otras que no cito por no deslumbrar á mis lectores.

No busca ni teme competencias, pues por su índole, no entra en el campo de otros acreditados y queridos colegas á quienes saluda. Viene á llenar un vacío... A esto me dice el Director que es prematuro afirmarlo, pues aun no es fácil saber si llenará vacíos ó los abrirá mayores; pero como esta duda sólo puede aclararla el público, reclamo mi independencia como escritor y lo afirmo rotundamente, porque no ha de ser menos que tantos otros periódicos, libros y publicaciones que vienen siempre á llenar algún vacío que se hace sentir en alguna parte, y además porque creo que nadie se ha de ocupar en refutarme.

\*\*

Paréceme ahora muy del caso explicar por qué va escrito en esta sección lo que precede, y por qué lo escribo yo.

Va escrito aquí lo anterior, porque si se ha de hablar de los acontecimientos más notables, no hay duda de que para nosotros resulta de lo más notable la aparición de estos APUNTES en el mundo de las bellas artes; y lo escribo yo, porque todas las cosas de este mundo son una mezcla de grandezas y pequeñeces, pensando en lo cual, la Empresa se ha dicho: ¿Qué haremos para que á nuestra publicación, que tan llena está de firmas ilustres, no le falte su pequeñez? Pues que escriba una especie de crónica de la semana fulano, y fulano soy yo.

Al verme honrado con un cargo tan alhagador como de difícil desempeño, sentíme coronista, y para mayor facilidad en mi cometido y mayor exactitud en las observaciones, he instalado mi atalaya en el tejado de la casa número 107 de la calle de la Montera, para desde allí dominar como en síntesis los sucesos y poderlos apreciar desde un punto de vista elevado.

Con esto y el completísimo servicio teléfono-telegráfico que he establecido, creo que no tendrán Uds. nada que pedir. Desde el aéreo despacho parten hilos directos que me ponen en comunicación con los periódicos que más genuinamente representan cada país: en Francia, con *La Fanfare* y *La Moustache Terrible*; en Inglaterra con *The Wisky* y *The cotton's Leopard*; en Italia, con la revista literaria *L'amore dell'uomo*; en Alemania, con *Der kaiser Encyclopädie*; en los Estados Unidos, con *The Castagnine Post*, etc., etc. Bien se ve la utilidad de esta ventilada oficina, donde me tienen Uds. día y noche á su disposición.

\*\*

A tiempo termino este exordio, pues suena el timbre del teléfono.

—¿Con quién hablo?

—Avec la redaction de la *Fanfare*.

—Haga Ud. el favor de hablarme en castellano, porque aquí ya no es distinguido hablar en francés.

—Lo siento mucho, señor, porque hablo mal el castellano.

—No se apure Ud., que aquí lo hacemos también bastante mal.

—Y bien. Mi propósito es de preguntar á Ud. si es verdadero todo aquello que se dice de vuestro actual general á Cuba, Sr. Weyler, de su gran crueldad y ferocidad, para poder juzgar si son fundadas las noticias de los Estados Unidos.

—Pues ya lo creo, fundadísimas, como que el general es una fiera. Verá usted la minuta que él mismo dictó para su almuerzo, y que ha llegado á mi poder: «Sopa de rabo de Gómez, mambises muertos en campaña, patas de yankee, Maceos en su propia tinta, cráneos en dulce, etc.» Y respecto al trato que da á



los rebeldes que caen en su poder, pueden dar fe los comprendidos en el último indulto, libres mediante un juramento de adhesión á España, que así cumplirán como yo pienso ser fraile. Y á propósito de cañonazos, ¿conoce Ud. el dibujo que publicó hace días *El World*, tomando el pelo á los Sherman y compañeros bélico-sensibles?

—Sí, señor; yo tuve el gusto de verle.

—Pues habrá Ud. visto que la guasa es fina, y aunque no quedamos en él muy á gusto nuestro, es porque falta una figura en el dibujo, pues al ponerla todos los senadores, tomaban soleta y no había medio de hacer la tirada. Sólo fué posible tomar una fotografía instantánea que nos remite nuestro corresponsal, y que verá Ud. cuando salga este número. ¿Quería Ud. algo más?

—No, señor; sólo me resta de dar á Ud. las gracias.

—Vaya, hombre, no hay de qué, y hasta otro día.

\*\*

La princesa Rattazi ha dado en lá flor de escribir cosas de España, y la prensa de Madrid anunció hace tiempo su obra haciéndose lenguas de lo que se debía esperar de su talento é imparcialidad. Efectivamente, ha resultado todo lo que se podía esperar de las cualidades antes citadas que la adornan.

Dice la chistosa escritora franco-polaco-española, que los hombres que suelen

estar sentados en los refugios (!) de la Puerta del Sol, al ver una mujer que les gusta, echan al suelo sus boinas y extienden sus capas en él para que pase por encima; si ella acepta, demuestran su satisfacción revolcándose en el suelo cuan largos son.

¡Qué colorido local tan exacto! ¡Qué detalles tan reales! ¡Qué talento y qué buena fe!

Contestó *El Imparcial* á estas líneas con otras con sus puntas y ribetes de chacota, y vuelve la discreta Princesa á poner las cosas en su lugar, asegurando que de este hecho, ella misma fué protagonista hace diecinueve años. Sería más creíble hace cincuenta. Insiste en el capeo asegurando que «en *Puerta Santamaría*, á la salida de los toros también, gallegos y gentiles hombres arrojaron su capa...»; por supuesto á ella, que, según los datos que apunta, ha tenido en España, como hembra, un éxito excepcional. Por él la felicito cordialmente y de paso la recomiendo (si estas líneas tienen el inmerecido honor de llegar á ella), que lea lo que en 1840 escribió un tal Mesonero Romanos, á quien seguramente no conocerá. No perderá nada siguiendo este consejo y podrá ver que su manera de escribir sobre España no tiene el mérito de ser nueva. Quisiera copiar todo lo contenido desde la página 4 á la 9 de los *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840* y 41 por el citado autor, pero la falta de espacio me lo impide, y sólo reproduzco el párrafo final, el menos interesante y gráfico, pero que resume lo anterior.

«Por este estilo siguen, en fin, nuestros gállicos viajeros, daguerreotipando con igual exactitud nuestras costumbres, nuestra historia, nuestras leyes, nuestros monumentos; y después de permanecer en España un mes y veinte días, en los cuales visitaron el país Vascongado, las Castillas y la capital del Reino, la Mancha, las Andalucías, Valencia, Aragón y Cataluña; apreciando, como es de suponer, con igual criterio tan vasto espectáculo, y sin haberse tomado el trabajo de aprender siquiera á decir *buenos días* en español, regresan á su país, llena la cabeza de ideas y el cartapacio de anotaciones; y al presentársele de nuevo sus editores mandatarios, responden á cada uno con su ración correspondiente de España, ya en razonables tomos, bajo el modesto título de *Impresiones de viaje*, ya dividido en *tomas*, á guisa de folletín.»

Después de este testimonio, que tan bien se ajusta al caso actual, poco he de decir yo. Sólo se me ocurren dos sentencias latinas muy conocidas. La primera, *Nihil novum sub sole*; la segunda, otra vulgarísima que no escribo por tratarse de una señora.

\*\*

El doctor Roentgen envía á esta redacción un aparato para que ensayemos la fotografía á través de los cuerpos opacos, y con él algunas pruebas para muestra. Supongo á nuestros lectores perfectamente enterados de los principios en que se funda este descubrimiento, y me limito á describir una de las fotografías. Es el retrato de la princesa de Ginolstein, dedicada por completo á la caridad. Véase en la fotografía con toda claridad, en el lugar del corazón, una taquilla que por un lado recibe duros, pesetas y medias pesetas, y por el otro despacha palcos, butacas y galerías para teatros, circos y frontones. Al dorso de la tarjeta hay una nota que dice: «Por ser la taquilla metálica no puede verse lo que queda dentro.»

Por la calle viene un simón con las cortinillas echadas, y un sol esplendoroso me favorece para probar el aparato. Sin perder tiempo enfoco, aprieto el

botón, corro á revelar y ¿qué dirán ustedes que vi?... Nada; se me había olvidado poner la placa. Quizá haya sido mejor.

\*\*

Si se hiciese un concurso de anguilas para premiar las más escurridizas, no cabe dudar quién se llevaría el premio. Maceo y Máximo Gómez; como si dijéramos, la anguila Blanca y la Negra. Deben conocer bien sus aptitudes y por eso son tan aficionados á las ciénagas.

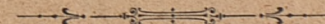
Algunas veces parece que andan en seco y no dejan de tropezar, pero de lo que nunca han escapado es de la certera puntería de los corresponsales y bolistas que de tiempo en tiempo mandan de un plumazo al otro barrio al Antonio, que por lo visto tiene siete vidas como los gatos. Al Máximo le tratan con menos rigor y se contentan con proporcionarle calenturas, úlceras, heridas antiguas y modernas, tisis y otras frioleras que sólo sirven para demostrar que cosa mala nunca muere.

Por fin, resultó que la última muerte que han proporcionado á Maceo no fué la definitiva y que no hemos llegado todavía á la séptima, que supongo será la verdadera.

\*\*

Otro día, Dios dirá; por hoy pongo fin á mis esfuerzos de imaginación, avanzo hacia el alero, me descubro, extendiendo los brazos como los autores aclamados, doblo profundamente el espinazo y saludo á todos cortésmente.

El Autor.







## POR QUÉ LLORAN LOS VIEJOS

—¿Por qué lloras?—le dije á un anciano,  
y el anciano accediendo á mis ruegos:

—Escucha, hijo mío —me dijo—la causa  
del llanto que vierto.

Yo era entonces muy niño. Era niño  
y aún guardo el recuerdo  
como guarda en la guerra el soldado  
la imagen que lleva colgada en el pecho.  
Cuando estaba acostado en mi cuna  
pensando en mis juegos  
y el cansancio empezaba á rendirme,  
veía entre sueños  
que empujaban la puerta del cuarto  
y avanzaba una sombra á mi lecho  
con mucho sigilo  
guardando silencio.

Yo, entonces, abría mis ojos azules  
temblando de miedo,  
y al verla más cerca volvía á cerrarlos  
y me estaba muy quieto, muy quieto...  
Más tarde notaba  
que á mi aliento se unía otro aliento,  
y ocultando una débil sonrisa  
y haciendo un esfuerzo,  
para no dejar ver á mi madre  
que estaba despierto,  
por breves instantes plegaba en mi boca  
sus alas, un beso.

Ya han pasado los años, los años  
que á escape se fueron  
y en mi rostro han quedado marcadas  
las huellas del tiempo  
en surcos que el llanto  
al salir de los ojos me ha abierto.  
¡Cuántas veces no puedo dormirme  
acosado por cien pensamientos  
que al bullir en mi mente abrasada  
me roban el sueño,  
y olvidando el presente un instante,  
recuerdo, con pena, las noches de invierno,  
en las cuales á verme dormido  
se acercaba una sombra á mi lecho!

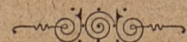
¡Cuántas veces, Dios mío, daría  
la vida que tengo  
por volverme á dormir otra noche  
pensando en mis juegos,  
y oír entrecabirse la puerta del cuarto,  
y sentir en mi rostro otro aliento,  
y notar que en mi boca plegaba  
sus alas, un beso.



¡Ya no hay quien me mire; ya no hay quien me bese;  
ya no hay en el mundo quien vele mi sueño!

Oyendo el relato, yo dije:—Se explica  
que lloren los viejos.  
Y con sólo pensar en que pueden,  
madre mía, faltarme tus besos...  
¡cuántas noches me duermo llorando!...  
¡y cuántas no duermo!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.



VICENTE PALMAROLI.—BOCETO DE SU CUADRO «LA CAPILLA SIXTINA»





## EL PÓRTICO DE LA GLORIA

### I

#### Sublime hastío.

Es cosa averiguada que en aquella excelsa región que designaron los antiguos con el nombre de *Campos Eliseos* reinaba desde el origen de los tiempos un fastidio clásico, y que las almas de artistas inmortales confinadas en ella se aburrían de su vagar sin término por las soledades umbrosas, sin frío ni calor, espacios tan primorosamente tapizados de nubes, que nadie supo allí lo que son roces de vestiduras, ni ruidos de pasos, ni ecos de humanas ó divinas voces. Allí, la media luz desvanecía las imágenes en opacas tintas; allí, la suprema calma fundía todos los rumores en una sordina uniforme, sin principio ni fin, semejante al monólogo de las abejas. Confundidos el *aquí* y el *más allá*, atenuadas las relaciones de *cerca* y *lejos*, la distancia era la tristeza vagamente expresada en la perspectiva. Todo estaba en sí mismo y alrededor de sí mismo. Era la claridad obscura, la sombra luminosa, silencioso el ruido, el movimiento inmóvil, y el tiempo... un presente secular.

Bueno, señor... pues falta decir que allí moraban por designio de la divinidad que llamaron *Zeus* ó *Theos*, no sólo los que en el mundo gentilico cultivaron las artes de la forma visible, sino los que hicieron lo propio en todo el tiempo que llevamos de ciclo cristiano. Al principio se estableció, con pudibundos temores, una separación decente entre las almas paganas y las cristianas (porque la humanidad vestida no se escandalizara de la desnuda); pero al fin los dioses, más tolerantes que nosotros, mandaron destruir los linderos entre una y otra casta de almas, y allá las tenéis juntas, no por eso menos aburridas. Los poetas y artistas de la palabra gozan de un cielo más divertido en otra parte de la inmensidad ultraterrestre.

Bueno, señor... debe añadirse que aquellas señoras almas no se hallaban en estado ó condición puramente espectral. Disfrutaban de una naturaleza peri-corpórea ó peri-materiosa, de tal suerte que su diafanidad y ligereza locomotriz no las privaba de una discreta vida sensoria, vagos deseos y remembranzas, vislumbres de pasiones. Procediendo en conocimiento de las cosas con la lentitud propia del medio en que residían, los inmortales tardaron un par de siglos en tener conciencia clara de su aburrimiento. Cinco ó seis siglos emplearon luego en convencerse de que les agradaría volver á poner en ejercicio sus facultades creadoras y plasmantes. Hasta los diez siglos, largos de talle, no se determinó en ellos la nostalgia con caracteres de irresistible pena. Catorce siglos, transcurridos perezosamente, produjeron el anhelo de protesta, los propósitos de emancipación. Llegó un día, mejor será decir semana de siglos, en que la gloriosa muchedumbre no hacía más que maldecir su destierro; y por fin las almas se concordaron en una idea firme, en un propósito fuerte y voluntarioso: sublevarse. En los celestiales aposentos estalló toda la rebeldía compatible con la naturaleza de aquellas almas, de tan pobre corteza corporal vestidas. Dos siglos más de incubación revolucionaria, y un día (largo como rosario de años), estalló la formidable revolución, con susurro tumultuoso y aleteo de formas opalinas. «Rómpanse los velos de la eternidad—decían en aquella lengua que en lo humano no tiene expresión posible,—desgárrense los senos blandos de esta mansión vaporosa. Que nos traigan el fuego para restaurar con él en nuestras almas la vida de las pasiones; que nos traigan el barro para amasarnos de nuevo en la miseria humana. Queremos vivir, luchar; queremos goces y sufrimientos. Queremos perseguir la gloria en las ansias del trabajo, buscar la esperanza en el fondo mismo del desaliento. Abajo el descanso y esta inmortalidad insípida. Reclamamos el derecho á la existencia bruta. ¡Vivan los animales y mueran los dioses!»

Dicen las historias que gobernaba aquellos ámbitos un divino varón, por no decir divinidad, esposo morganítico de la diosa Ops, y que por tanto venía á ser el padastro de los dioses. Y añaden que el tal, llamado por unos Criptoas, por otros Rapsa, hijo y nieto de Titanes, persona corajuda y malcarada, temeroso de que su autoridad se menoscabara con una inconsiderada resistencia, pensó en componendas y transacciones. Poniendo en su rostro máscara benévola, trató de apaciguar á los amotinados, con estas razones: «Calma, caballeros. Marchemos, y yo el primero, por la senda humana.»

### II

#### La guerra elísea.

Poco menos de medio siglo transcurrió desde las primeras manifestaciones revolucionarias hasta que el descontento de las almas rebeldes se tradujo en hechos, que pusieron en peligro real la dignidad del severo Criptoas. Arremetían las almas al dios y su corte con grave tumulto, como de airecillos que van y vienen jugando en corrientes opuestas. Vértigo de sombras corría de una parte á otra. El sólio de la autoridad iba de aquí para allí dando vueltas, como vacío cucurucho de papel arrebatado del viento.

Y así pasaron tiempos de tiempos. Claro, como allí no había días ni noches, ni ayer ni hoy, sino que todo era un *hoy* de padre y muy señor mío, un hoy continuo y sin demarcaciones, los sublevados tardaron un ratito, no menor que sesenta y tantos años, en darse cuenta de los formidables elementos de resistencia que Criptoas (por otro nombre Rapsa), juntó y organizó contra ellos. Eran unos angelotes semidivinos, almas de artistas también, educados en la disciplina, en el espionaje y



tras, las cuales, como sabemos, pasan y pasan tan fugaces, que los viejos nos decimos á cada instante: «nacimos ayer».

Por último, transcurrió un lapso de tiempo incalculable, durante el cual mil encuentros reñidísimos conmovieron toda la región. Mas no puede decirse que la lucha ensangrentaba el suelo, porque allí no había suelo propiamente, y lo que es sangre, tampoco existía en las venas de los inmortales. Cadáveres no resultaban tampoco, ni siquiera heridas ó contusiones, y al vencido se le conocía por una vaga chafadura de las líneas peri-corpóreas ó por ligeras atenuaciones de la luz que los envolvía.

Para no cansar: los rebeldes fueron vencidos, y de sus alardes de emancipación no quedó más que una impotencia desesperada. La historia de esta guerra nos la ha transmitido Clio en dos docenas de palabras espaciadas por décadas. Entre letra y letra, bostezan los lustros.

### III

#### Transacción.

Y añade la Musa que no teniéndolas todas consigo el bárbaro Criptoas, y deseando prevenirse contra nuevos desmanes, pensó muy cueradamente que para el sostenimiento definitivo de la paz elísea, convenia transigir, en parte, con alguna de las ideas de la espiritualidad rebelde. Allá, como aquí, las revoluciones inspiradas en honrados móviles, acaban por imponer á la tiranía parte de su criterio, aun en el caso de ser ruidosamente vencidas.

Un par de centurias estuvo el feo Criptoas con el dedo índice clavado en la sien,

en diferentes artes militarescas y policiacas. Autores hay que señalan el origen de este batallón disciplinario en la raza de los *Kriteriotas*, del tiempo en que Saturno se desayunaba con sus hijos, de la cual raza se derivaron los *zoozoilos*. Sea de esto lo que quiera, en la guerra elísea el dios gobernante quiso enaltecer á sus defensores y robustecer en ellos el espíritu corporativo, para lo cual, lo primero que se le ocurrió, antes que uniformarlos y someterlos á ordenanzas, fué darles su propio nombre, y de aquí que les llamó *Rapsitas*.

Los cuales defendían el principio de autoridad con fiereza no inferior á la de los rebeldes, y con extraordinaria rapidez de movimientos. Entre el ataque y la represión no transcurrían espacios de tiempo mayores de medio siglo, y entre golpe y golpe apenas mediaba la vida de tres ó cuatro generaciones de las nuestras.

y de su meditación profunda salió una idea, que no tardó en consultar con Ops, la cual, en su vejez de eternidades empalmadas, vivía soñolienta debajo del trono, tumbada sobre pardas nubes, sin darse cuenta de lo que en aquellos reinos ocurría. Comunicáronse marido y mujer sus pensamientos, echándose el uno al otro monosílabos como truenos y miradas como relámpagos, y firme al cabo en su resolución el tirano, llamó á los principales de su guardia *rapsita*, y les ordenó que buscasen entre la muchedumbre vencida á los más señalados como instigadores de motín. Revolviendo por aquí y por allá, no tardaron los de la guardia en encontrar una docena de ellos, entre los cuales escogieron dos, que habían sido, durante la pasada guerra, los más bravos y revoltosos, verdaderos caudillos ó capitanes de la tumultuosa hueste. Cogidos y bien asegurados, fueron llevados á la fosca presencia del soberano.

Era el uno un gallardo mocetón, que en su rostro, facha y porte, revelaba la estirpe helénica, hermoso como Júpiter, sin más vestido que el estrictamente necesario para dejar á salvo el principio de decencia; arrogante en sus andares, atlético de formas, el mirar dulce, la palabra rítmica y grave como un verso de Homero. El otro, radicalmente distinto en lo visible y lo invisible, era un vejete discolo y regañón, de ojos vivarachos, boca burlona, mal rapadas barbas y ademanes inquietos. Poco se veía de su cuerpo, siempre envuelto en una capa parda, que sabe Dios los siglos que tendría, y ni delante de los dioses se quitaba el sombrero peludo, encasquetado hasta el cogote. Diferentes como pueden serlo el cielo y la tierra, algo no obstante había de común entre los dos, y era un cierto aire de orgullo, más bien costumbre ó resabio de sostener la propia independencia en, sobre y contra todas las cosas divinas y humanas. ¡Y qué cosa tan rara! aunque ambos habían acaudillado formidables cuadrillas de almas en la pasada guerra, no se conocían. Al verse juntos y conducidos, que quieras que no, á la presencia del dios, se miraron, y reciprocamente se despreciaron...

En las gradas del trono, ambos esperaron con olímpica dignidad la resolución de aquel bárbaro á quien las realidades del Gobierno habían enseñado á ser hábil político. Criptoas les agració con una sonrisa, queriendo ser paternal y tolerante. «Hijos míos—les dijo con toda la pausa que en los discursos de aquella gente se usaba, pues no sonaba un vocablo hasta que no se perdían en las soledades infinitas los ecos del anterior,—hijos míos... venís en representación de todas las almas que viven bajo mi amoroso gobierno, y lo que voy á deciros, lo transmitiréis á toda la falange que los siglos han traído á esta mansión gloriosa. Sabed que la reina Ops, vuestra madre, y yo, Criptoas, hijo de Titanes, hemos pensado un poco en vuestro programa. Salvado el principio de autoridad, y restablecida la paz, no vacilamos en concederos algo de lo que nos pediais. De los hombres hemos aprendido este sistema. Rechazamos lo que se nos pide tumultuariamente; aceptamos lo que por las vías de la razón se nos manifiesta... Bueno, señor; se acepta el principio de la limitación de vuestro aburrimiento. Ops y yo acordamos, después de maduro examen en las grandiosas eternidades de este recinto algunos paréntesis de vida temporal. ¿Véis aquel fondo oscuro de los Campos? Pues allí está el misterioso muro que nos separa de la humanidad á que pertenecisteis. En ese muro abriremos una puerta por la que podréis comunicaros con el llamado *mundo de los vivos*. Saldréis, cuando os llame fuera la inquietud; tornaréis, cuando de dentro os atraiga el descanso. Pero hemos de establecer premáticas que regulen así la entrada como la salida, para que esto no parezca taberna ó casino, y conservemos todos la dignidad que nuestra condición de seres inmortales nos impone.»

Calló el ladino Criptoas, y acariciándose las barbas cerdosas que desde su cara hasta más abajo de las rodillas le colgaban, observó en la cara de los dos inmortales el estupor que sus palabras producían.



«Ante todo—les dijo después de una pausa, acerca de cuya duración no hay dato ninguno en nuestra ciencia cronológica,—quiero saber quién sois, cómo os llamasteis en el mundo, cuáles fueron y son vuestras aptitudes, pues en ellas he de fundar la idea que me propongo realizar. Si en la guerra trabajasteis ambos fieramente contra mí, en la paz habréis de trabajar por vosotros mismos y por vuestros hermanos bajo mis paternales auspicios.»

No se atrevían a desplegar sus labios los dos inmortales; pero instigados a romper el silencio por los *rapsitas* que les custodiaban, habló primero el que parecía helénico, diciendo con voz entera:

«Señor, yo soy Fidiás... Fidiás, señor. ¡Por Júpiter! Creo que basta.»

Y el otro, poniendo en su cara toda la displicencia humana, y acompañando su palabra de un mohín impertinente, declaró en esta forma:

«Yo soy Goya... Goya, señor... ¡Ajo! Me parece que he dicho bastante.»

#### IV

##### ...O pesadas, ó no dallas.

«¡Fidiás, Goya...!—repetía el Dios peinándose la barba con los dedos.—Dos nombres que me suenan, si, señor, me suenan... No extrañéis que no os distinga como sin duda merecéis. Entre tanta gente inmortal como aquí tenemos, entre tantísimo nombre, yo me confundo... Fidiás, Goya... Sí, sí... ya voy recordando. La memoria flaquea en estas eternidades de olvido... Bien.»

Ops, asomó por debajo del trono, arrastrándose como un gato; se despertó, abrió los ojos, y mirando a los inmortales enroscóse otra vez sobre sí misma, buscando en el sueño el descanso de aquel esfuerzo de observación. Fidiás, Goya...

Los *rapsitas*, que todo lo saben, ayudaron la memoria del Dios, refiriéndole casos y cosas referentes a los dos inmortales.

«Ya sé, ya...—decía Criptoas.—Tú brillaste en aquella dichosa Atenas, y por tu arte de la escultura fuiste considerado como pariente de los dioses. Tú luciste en la región occidental un ratito después que tu compañero. Entre uno y otro apenas median algunos siglos. Tú, con pedazos de mármol, hiciste imágenes de dioses en figura humana; tú pintaste graciosas mujeres, bellezas picantes, pueblo maleante... Ya me acuerdo... ¡Goya, Fidiás! pueblo maleante...

»Ambos debierais ser inolvidables, y lo sois sin duda. Pues bien; atendedme ahora. Quedamos en que mando abrir la puerta que nos comunicará con la humanidad. Se compondrá de dos gruesos pilares unidos en lo alto por un frontón. Cada uno de vosotros me ha de hacer un pilar, poniendo en la obra todo su ingenio y maestría. Ni á ti, Fidiás, te pido obra de escultura exclusivamente, ni á ti, Goya, te pido pintura. Fundidme las dos artes; arreglaos de modo que contorno y modelado, color y anatomía, aparezcan en perfecta síntesis. ¿Me entendéis? ¿Entendéis bien esto?»

Los dos inmortales no dijeron nada. Parecían estatuas.

«Y hay más—prosiguió Criptoas.—Es condición, *sine qua non*, que entre los dos pilares, después que hayáis expresado en ellos todo vuestro sentir, resulte una armonía perfecta cual si ambas obras fueran de una misma mano. Enseñaos el uno al otro, haced cambio feliz de vuestras aptitudes y conocimientos, casad y unificad vuestras almas de suerte que Fidiás posea todo lo bueno de Goya, y Goya todo lo bueno de Fidiás, y ponédme ahí la estética ideal y suprema...

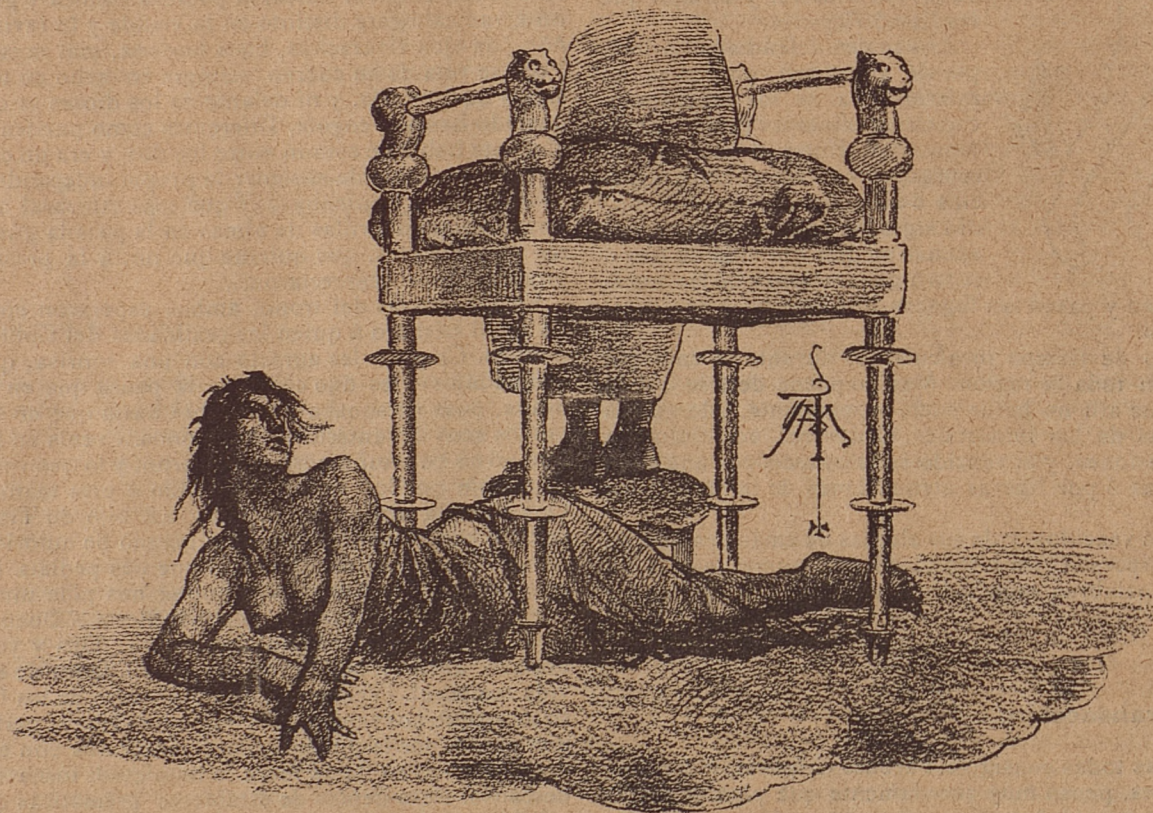
Los dos inmortales continuaban perplejos mirando á lo infinito. Volvió á asomar por debajo del trono la cara de Ops, semejante á la de un gato paleontológico, y les miró con sus ojos de esmeralda, relamiéndose el hocico.

«Y hechos ambos pilares—prosiguió el Dios con sublime socarronería,—y aceptados por mí como buenos, conforme al canon que acabo de manifestaros, me haréis el frontón que ha de coronar la incomparable obra. En él trabajaréis unidos y en perfecta concordia, repartiéndoos la tarea. Os dejo en libertad para elegir las formas que creais más propias. Sólo os exijo que vuestras ideas se produzcan con una concordia absoluta de ambas personalidades. La obra de arte que espero de vosotros ha de resplandecer por su belleza, por su armonía, por su unidad... y no digo más, pues todo está dicho. Hechos los dos pilares y el frontón, se abrirá la salida. Inmortales, podréis daros una vuelta por la

vida terrestre y tornar al descanso cuando gustéis.»

Viendo que las dos almas no se movían ni expresaban cosa alguna, Criptoas las mandó retirarse, diciéndoles por despedida:

«Comenzad ahora mismo, haraganes. Ops y yo no cesaremos de alentaros con



nuestras miradas. No os tasamos el tiempo. Aunque tardarais tantos siglos como pelos, tengo yo en mis barbas, no os daríamos prisa, ni mostraríamos impaciencia. Manos á la obra. Toda la falange de inmortales os contempla.»

Al retirarse Fidiás y Goya, encaminándose lentamente hacia el espacio, donde debían emprender su tarea, se miraron ¡ay! con supremo rencor.

B. PÉREZ GALDÓS.



UNA VIEJA, por C. Plá.

#### EL CICLIPEDO

El hombre ya no es un bípedo; hay que cambiarle de nombre, pues desde este siglo el hombre es un animal *ciclipedo*.

Ya tiene, en lugar de pies, dos ruedecillas de acero; con ellas el globo entero recorre en menos de un mes.

Montado en la bicicleta que á sus piernas obedece, ¡qué pequeño le parece nuestro gran *cicliplaneta*!

Encorva el flexible lomo para su teje-maneje, y á su rotación por eje le sirve el hueso palomo.

Dale que dale al pedal y al cascabel tilín tén, llega á cualquiera confin el *ciclipedo* animal.

Desbocado y semibobo, juzga el andar cosa necia y en su rotación desprecia la rotación de este globo.

Casi sordo, mudo y ciego, ni ve, ni oye, ni atiende, su vuelo egoísta tiende, su *biciclo* es *alter ego*.

En línea recta adelante, no hay nada que le distraiga. Arrea, y caiga el que caiga de la humanidad andante.

No hay que pararse en pelillos, hay que correr treinta millas, aunque se rompan costillas ó se revienten chiquillos.

Aunque se echen los pulmones y las tripas por la boca, aunque en la carrera loca se pierdan los pantalones.

El caso es en breve rato hacer un grande y notorio *record* ó recordatorio, ganar un campeonato.

El caso es probar que hay físico, aunque con el tal esfuerzo se vuelva el hombre un escuerzo y de escuerzo ascienda á tísico.

Á fuerza de irse encorvando, las columnas vertebrales de los míseros mortales ya se van *abicyclando*.

Y á fuerza de bicicletas, en las futuras naciones se verán generaciones de encorvados jorobetas.

Y en verdad, yo no respondo de que en no remoto plazo sea el humano espinazo un *mono-ciclo* redondo.

Y así llegarán después esas edades felices en que toquen las narices con las puntas de los pies.

Quizás un Darwin futuro, estudiando al hombre-rueda, explicar apenas pueda nuestro origen tan oscuro.

Y midiendo nuestro *encéfalo* y nuestra espina dorsal, diga: el hombre es animal *ciclipedo ciclocéfalo*.

JOSÉ ALCALÁ Galiano.







# BACATE LA

Sé que tu amante un día,  
porque tú le quisieras con el fuego  
que en su cuitado corazón ardía,  
llamó al demonio, y ciego:  
—¡Su amor—le dijo—por el alma mía!  
Y el diablo entonces, con acento frío,  
le respondió:—¡Insensato!  
No me conviene el trato...  
¡Guárdate tú ese infierno! ¡Tengo el mío!

Creyéndote un modelo de constancia  
te respeté por buena, ya lo sabes,  
pero hoy que sé de ti cosas muy graves,  
te respeto también... ¡por repugnancia!

Antes, si á la conciencia descendía  
mi pensamiento en plácida carrera,  
al subir me traía  
los torrentes de luz y la alegría,  
y el olor de una hermosa primavera.  
Y ahora, si con esfuerzo sobrehumano  
vence el miedo profundo, y baja, en vano  
lo que otras veces encontrar procura...  
Y me sube la sombra y la amargura,  
y el olor nauseabundo del pantano!

ANSORENA.



## COSTUMBRES MONTAÑESAS

Ilustraciones de D. Joaquín Sorolla.

Con decir que el paisaje que el teatro representa en este cuadro es montañés, está dicho que es bello, en el sentido más poético de la palabra. De los detalles de él, sólo nos importa conocer un

grupo ó *barriada* de ocho ó diez casas, cortadas por otros tantos patrones diferentes, pero todos del carácter peculiar á la arquitectura rural del país. Tampoco nos importa conocer toda la *barriada*. Para la necesaria orientación del lector, basta que éste se fije en dos casas de ella: una con portalada, solana de madera y ancho soportal, y otra enfrente, separada de la primera por un campillo ó *plazoleta* rústica, tapizada de hierba fina, malvas, juncias y *poleos*. Esta casa, que apenas merece los honores de choza, sólo descubre el lado ó fachada principal correspondiente á la *plazuela*: los otros tres quedan dentro de un huertecillo, protegido por un alto seto de espinos, zarzas y saúco. Los tesoros que guarda este cercado son: una parra achacosa, verde, de un solo miembro, dos manzanos tísicos y algunos *posarmos*, ó *berza* arbórea, diseminados por el huerto, que apenas mide medio carro de tierra.

En el momento en que le contemplamos, la parra tiene media docena de racimos negros; los manzanos están en cueros vivos, y los *posarmos* en todo su vigor; la puerta de la casuca permanece herméticamente cerrada, y, agrupados junto á la parte más transparente del seto, hay hasta cinco chicuelos mirando al interior del huerto, todos descalzos y en pelo, con un tirante sólo los más, y los calzones integros los menos. El más alto es mellado; el más bajo es rubio como el pelo de una

panoja; otro es gordinflón, con unos ojazos como los del buey más grande de su padre; el cuarto tiene un enorme lunar blanco en medio del cogote, y el quinto las cejas corridas y un ojo extrañado.

—¡Madre del devino Dios!—exclama el rojillo,—¡qué grande es aquél que cuelga cancia el suelo!

—No, pus el otro que está á la banda de acá,—objeta el del lunar,—puei que pese tres cuarterones.

A todo esto el gordinflón, que está en la última fila, se pone de puntillas y, relamiéndose los hocicos, dice con fruición:

—Y bien maduros que deben estar... ¡Me valga, cómo negrean las uvas! ¡Paicerán las puras mieles!...

—Puei que saban á pez—observa el rojillo.

—Si, á pez... ¡como no saban á pez!...—replica el grandullón.

—Pus ello—dice el del lunar,—yo no las comía.

—Tocante á eso, puei que yo tampoco—añade el rojillo;—pero puei que si por otro lao, que á Andrés el de la Junquera bien le sabieron el otro día que saltó el huerto y apandó un rucimo.

—Pero ¡contra!—observa el mellado,—ello tamién semos bien güeis, ¿por qué mos han de saber á pez esos rucimos?

—Porque es bruja el ama,—responde el gordinflón con cierta solemnidad.

—Y como que es bruja—añade el rojillo,—tiene los mengues, y teniendo los mengues, too lo que es suyo sabe á azufre, y supiendo á azufre, toos los cristianos que lo comen revientan de contao.

—Y tamién paece ser que los que son miraos con enquina por las brujas—dice el del lunar.

—De eso se murió el otro día la hija de tío Juan Bardales—replica el rojillo.—Y fué y la encontró allá abajo la bruja, ajunto casa del señor cura, y jué y no dió á la bruja los güenos dias, y jué la bruja, y la miró así, así, así... no, más arreesao entovía... así, así, así; y jué y entrónle unas tercianas á la otra; conque, hijos de Dios, antayer la dieron tierra.

—Y tamién le entró solengua al güey de la viuda, porque la bruja la tocó con el palo...

—Y dice que la otra noche apaició amontá encima del campanario, dimpués de haberse chumpao el aceite de la lámpara del altar mayor, y al dir el campanero á tocar al alba, viola allí agarrá al mango de la escoba; y quisiendo espantarla, hizo la señal de la cruz diciendo al mesmo tiempo «¡Jesús!», y la bruja se comirtió en un cárao y tresponió los aires y se jué al monte. Dicen que enestonces golvía de Cereula de bailar con el enemigo malo.

—De modo y manera, que en hiciendo la señal de la cruz se va?

—O teniendo ajos y acébache al piscuezo, como tengo yo—dice el rojillo,—y por eso no se ha metio conmigo como con mi madre, que todas las mañanas se levanta con el [cuerpo amoratao de pura dentellá que le ha dao la bruja por la noche.



—Pus á tu hermana—repone el gordinflón, dirigiéndose al rojillo,—no le han valio los acebaches, que bien la ha chumpao la bruja.

—Eso fué endenantes, cuando no sabíamos la melecina; pero dende enestonces acá no ha dio á más la ruínera.

—Y si no le ven á uno las brujas—pregunta el bizco, hasta ahora silencioso, aunque observando lo que hacen y dicen sus camaradas,—¿no pueden hacerle mal?

—Creo que no—responde el rubio.

—Pus enestonces, ahora que no está ella en casa, podíamos saltarle el huerto.

—Eso digo yo también.

—Pus sáltale tú, que en too caso tienes *ameniculo* (1)—propone el grandullón.

—¡Contrales!... no me attrivo con too y con eso.

—¡Devino Dios!—exclama al mismo tiempo el gordinflón, metiendo los ojazos por el bardal,—si paece que los rucimos le están diciéndo á uno que los arranque.

—Anda, hombre, entra por un ver...

—Contrales, no matentéis la cubicia...—dice el rubio, á quien le bailaban ya las piernas.

—¡Cudiao que aquel de allá lantrón es manífico!...

—¿Saberá ese á pez, tú?

—Tocante á eso—observa el rubio con un pie ya en el seto,—podíamos cogerle, y dimpués pipiabas una uva, ¿eh? y dimpués escopías, diciendo «Jesús»; y dimpués pipiabas otra uva, ¿eh? y escopías y decías «Jesús», y dimpués pipiabas otra uva y decías «Jesús», y escopías; y si no sabían á pez, las pipiabas toas, diciendo «Jesús». ¿No verdá?

Como se ve, el rubio necesitaba muy poco para decidirse á entrar en el huerto; y como lo conocían también perfectamente sus camaradas, no les fué difícil arrancarle sus últimos escrúpulos.

—Pero ¡contra!—observó todavía el travieso rapaz, mirando con gran avidez á la portalada de enfrente y rascándose la cabeza á dos manos;—si me guipa mi madre, va á ser pior que si me cogiera la bruja mesma.

También este recelo supieron desvanecerle sus amigos, prometiéndole una vigilancia escrupulosa. En seguida le ayudaron á elevarse sobre el seto, y desde aquella altura, no sin santiguarse antes y besar el amuleto de ajos y azabache que llevaba al cuello, se dejó caer al huerto.

—No me aceleréis ahora, ¿eh?—dijo desde adentro.

—No tengas cuidao.

—¿Viene anguno?

—No vien delguno. No ta-celeres por eso.

Pasaron escasos cinco minutos de anhelosa emoción para los de afuera, y al cabo de este tiempo, apareció en el aire, y sobre el seto, un racimo como un lebrato, que fué á caer á los pies de los cuatro muchachos.

—No pipiar, ¿eh?—dijo el de adentro.

—No pipiamos, no,—respondieron los de afuera, recogiendo uno el racimo y los otros las uvas dispersas.

Tomábanlas entre los dedos, como si quemaran, y entre escupitinas y conjuros las llevaban á los labios, probando apenas su provocativo licor.

—Pus no me sabe á pez—se aventuró á decir uno muy por lo bajo.

—Tampoco á mí—añadió otro.

—No vos engolóséis mucho tovia, pusi-acaso,—advirtió el gordinflón, que no se atrevía á chupar una mala uva.

Otro racimo cayó del huerto.

(1) Amuleto.



—No pipiar, ¿eh?—volvió á decir el de adentro.

—¡Que no pipiamos, contra!... ¡Me valga, qué hombre más esconfiao!...

Y mientras el rojillo andaba bregando en la parra con el tercer racimo, y sus camaradas probando y escupiendo las uvas de los otros dos, se abrió la puerta de la casuca, y apareció en el hueco una viejecita encorvada sobre un palo, con una alcuza en la mano, cubierto el tronco con una raída saya de estameña parda, y dejando asomar por la abertura superior una carilla macilenta, compuesta de una nariz y una barbilla que se juntaban sobre la boca, no permitiendo ver de ésta más que las dos extremidades de dos agujeros en que apenas oscilaba un rayo de luz mortecina, y de una terciá escasa de arrugado pergamino para revestirlo.

(Se continuará.)

## NOTAS DE LA GUERRA

### La novia del soldado.



A todo se acostumbra uno.

Apenas hace un año que empezaron los primeros aprestos militares para Cuba. Entonces todo era dificultades: alistamientos de escasa importancia, embarques no muy numerosos, armamento y equipos se verificaba con lentitud, y ¿por qué no confesarlo hoy, que las cosas han cambiado? sin entusiasmo manifiesto. Creíase cosa fácil y pronta de remediar la insurrección, y todo el mundo compadecía á aquellos soldados que, en pequeñas masas, iban á sufrir las penalidades sin gloria, de una campaña contra cuatro rebeldes.

Después, el conflicto se ha agravado en proporciones formidables: el incendio ha prendido al mismo tiempo en los cañaverales de Cuba y en los

corazones españoles, y á medida que se hace necesario enviar á la Isla fuerzas y recursos más grandes, mayores son también la facilidad y el desahago con que se verifican todos los preparativos, mayor el ardimiento de los que á la pelea se aperciben, espontáneamente muchos, por obediencia al deber y á la Patria los más, mayor la confianza de todos en el triunfo, no ya sólo contra esos rebeldes indisciplinados y salvajes, sino contra todo el que sienta inclinaciones belicosas.

Y es que la tradición española, mal encubierta por los oropeles postizos del modernismo, no tarda en desembarazarse de ellos y arrojarlos lejos de sí. La España vieja reaparece con su duro perfil, su faz tostada por el sol de Italia y de Grecia, de América y de Filipinas, su acerada cota que no ha tenido tiempo para enmohecerse, su acero toledano, de probado y seguro temple. Y políticos de campanario, economistas cicateros, rentistas panzudos, y toda la superficial masa de la burguesía holgada y regalona, retrocede llena de asombro viendo renacer la inmensa suma de

energía que por muerta estimó, y que no estaba sino repartida, infiltrada en el jugo de la tierra, circulante en ciudades y campos, embebida en la sangre arterial de la Nación á quien creen anémica los que la ven pálida, y estenuada los que la ven solitaria é imaginativa. Así lo está verdaderamente la España oficial, la España del Presupuesto y de la *Gaceta*, de las oficinas y los mentideros. En cambio, la otra, la España que trabaja cantando, que paga llorando, y que no sabe de sumas ni de cálculos de abacería, ¡vedla cuán vigorosa y noble! En vano será querer abatirla á los ordinarios menesteres de la paz. Peleando nació, peleando ha vivido, y si fuera sino suyo morir, su cementerio sería el campo de batalla.

La guerra es nuestro estado natural. En la guerra ejercitamos nuestra fuerza, probamos nuestra resistencia y ensayamos nuestra astucia; en la guerra, aun mejor que en la paz, hemos cantado, rezado, inventado, compuesto poesías y dramas, pintado y esculpido; la guerra ha sido nuestra escuela de odios y de amores, y en ella han dado asunto y tema para el arte, no solamente los hechos *grandes* y gloriosos, fueran triunfos ó derrotas, sino más todavía las aventuras y casos particulares, que sólo en muy pequeña porción recogiera el novelista ó el dramaturgo.

De estos hechos bueno es recordar alguno, y actual, palpitante, fresco todavía, con la frescura de lo que es naturalmente eterno, hay un episodio cuya narración puede hacerse en cuatro palabras y cuyos comentarios pudieran servir para rehacer toda nuestra Historia.

El día 7 llegaron á Cádiz cuarenta voluntarios con destino al ejército de Cuba.

Las llegadas de voluntarios, las presentaciones de estos héroes generosos y desconocidos, son cosa corriente y que á nadie extraña. Pero entre ellos iba una mujer joven y hermosa, ajustado el traje de rayadillo, terciada la manta, á la espalda el ligero *macuto*, viva la mirada, sereno el continente, firme el paso, como el de quien va á cumplir un deber con libertad contraído. No era sólo el amor de la Patria quien guiaba á la gentil guerrera; no era una amazona, ni tampoco una de esas barreduras sociales que suelen confundirse con el polvo de los ejércitos. Era sencillamente la novia de





uno de los soldados, y por tanto, no hay para qué meterse en más averiguaciones: su enamorada, la dama humilde de los pobres pensamientos del voluntario, la cual se vestía con arreos militares, como las heroínas de Calderón y de Lope; una Ramona cualquiera, sin más nombre ni familia que el nombre y la familia de los expósitos, y que fué arrojada en el umbral de unos ricachos manchegos hace veinticuatro ó veintiseis años. ¿No es eterna y perennemente castiza esta historia? La diferencia es muy poca, y traída por los tiempos, con notoria desventaja para los presentes. Calderón hubiera llamado Rosaura á Ramona, y húbiera la hecho dama ó princesa de Polonia ó de Transilvania, casándola al final con el príncipe, su ingrato prometido. La pobre Ramona Expósito, que, como no es princesa, no ha tenido ni aun para pagar su billete de tercera, ha quedado en Cádiz detenida por no sé qué autoridad, en quien el roce con las páginas vulgares del Código ha embotado los sentimientos belicosos: por una arista (dignísima y respetable, sin duda), de esa España oficial y angulosa, que ni siquiera sospechaba que existe aún otra España, la de siempre, la de los soldados voluntarios, la de las Rosauras y las Ramonas. Y después... nada; el idilio guerrero roto, la pareja desunida, los nobles sentimientos achicados, los sueños de valentía desvanecidos por cuatro miserables pesetas que había de menos y un artículo de la ley que había de más; la sencilla é ignorante muchacha, sola en la Patria desagradecida y seca, y cambiando, con lágrimas en los ojos y rabia en el pecho, los marciales vestidos por el aparejo redondo de su país, y allá, en la proa del buque, el voluntario generoso, prieto el corazón, pero impávido el semblante, la vista fija en el horizonte obscuro, marchando firme y derecho hacia lo desconocido.

Y es que por mucho que estudien los psicólogos, alambiquen los novelistas y los poetas refinados, ahonden los metafísicos y relaten los historiadores y deduzcan los lógicos, esta historia es siempre la misma. Es la viejísima leyenda de los dos amantes, que el destino implacable separa y tan sólo vuelve á reunir la muerte. Los amantes de nuestra verídica narración pretendieron eludir la fuerza del sino, dirigiéndose impávidos y juntos á la muerte, como obedeciendo á la profunda sentencia formulada, mejor que por nadie, por Leopardi en sus inmortales rimas:

*Fratelli, a un tempo stesso amore e morte  
ingeneró la sorte.*

Pero el sino malhadado ni siquiera á la muerte quiso conducirles juntos, y dejólos burlados en su noble y valiente empeño, acaso más bien tomado por presentimiento espontáneo que por deliberada reflexión. Deshecho el encanto, rotas las voluntarias cadenas, ¿qué será de los amantes sin ventura?

De ella bien puede asegurarse que nada lisonjero le reservará lo porvenir. La pasión, cuando tan reciamente se agarra, difícil es arrancarla de cuajo; más difícil aún mudarla de sitio sin miedo á que perezca. Arbol tronchado y abatido al suelo,

de todas partes acuden leñadores, en todas las fibras le nacen carcomas. ¡Pobre Ramona Expósito! ¿Qué germen de bondad moral podrá permanecer vivo en el corazón de un sér desechado por el amor paternal á las puertas de la vida y desterrado del otro amor, del que condena y redime, cuando con más fuerza se asía á él?

¡Pobre y desventurado soldadito de Cuba! ¡Qué entusiasmo no ahogará, qué ardor juvenil no extinguirá en su pecho el recordar la adorada muchacha que en la tierra quedó sola y triste, sin mirada de amor en torno suyo, ni cobijo, ni amparo cierto, sujeta á todos los vendavales de la seducción y á todos los granizos de la miseria y del abandono! Para un espíritu simple y primitivo como el del soldado, extraño á las ideas generales y amigo de personificarlo y particularizarlo todo, la novia resume y compendia la Patria: la gloria es su sonrisa, el honor su satisfacción, el triunfo, el retozar de su cuerpo juvenil. Y llevar todo esto consigo y afrontar con ella todos los peligros y compartir todos los sinsabores, ya era para él algo más que el honor y la gloria y el provecho: era el ideal que á todos, más ó menos, encamina... Grandes cosas hace la guerra. Nadie menos que nosotros podrá maldecirla ni odiarla; pero en verdad que fuera injusto no recoger las lágrimas del triste recluta y de la muchacha abandonada para engarzarlas, como puros diamantes, en la diadema de la Patria.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

## À LA PRENSA

Al entrar en la liza, dirigimos á la Prensa un saludo y una súplica. El saludo no es sólo de cortesía, sino de respeto á quien, por su honrado trabajo, ha conseguido que sus esfuerzos se vean premiados por el favor del público, supremo galardón á que todos aspiramos, y que viene á ser el *exequatur* que acredita la bondad del fin y el acierto en los medios.

Y la súplica es que, considerándonos como soldado bisoño, á quien puede faltar todo menos el entusiasmo, dé su opinión sobre nuestro trabajo, en la inteligencia de que serán agradecidos sus consejos.

LA REDACCIÓN.

JOSÉ MARÍA MATEU

LITOGRAFIA, TIPOGRAFIA, FOTOGRAFADO Y FOTOTIPIA

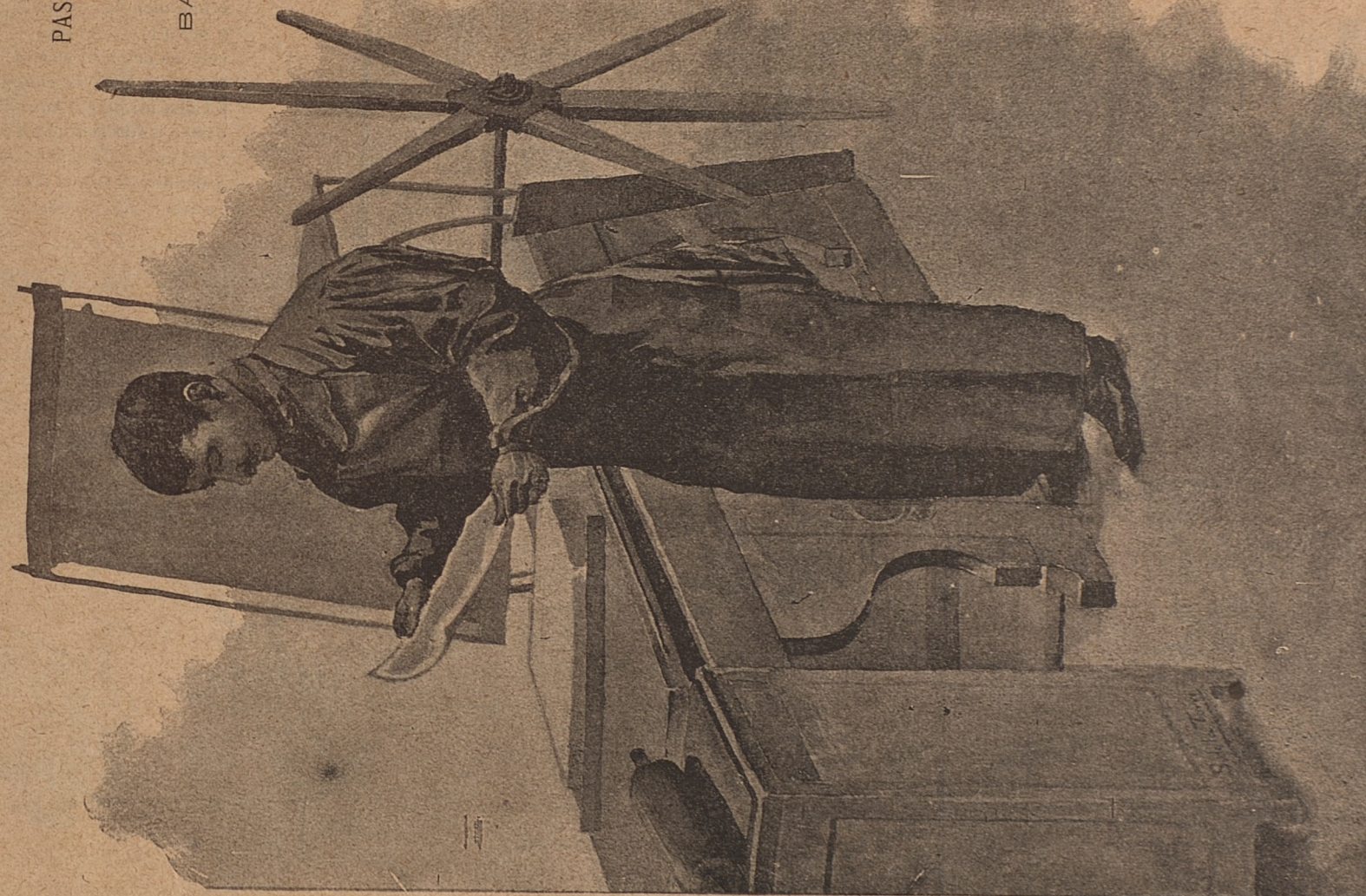
TALLERES

PASEO DEL PRADO, 30

DESPACHO CENTRAL

BARQUILLO, 6

MADRID



ANUNCIOS ARTÍSTICOS, POR S. DE LA T.

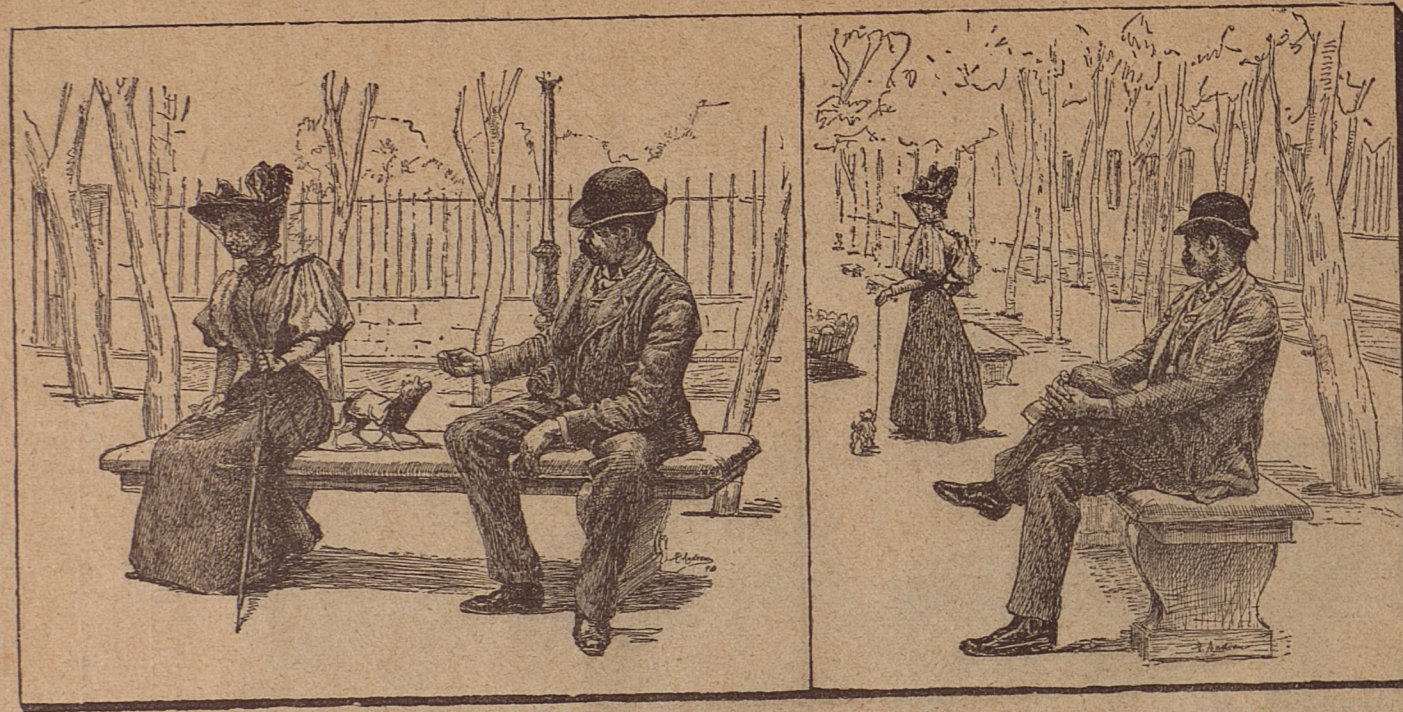
PARA ESTOS ANUNCIOS DIRIGIRSE Á LA ADMINISTRACIÓN DE APUNTES

10, VALENZUELA, 10



## ~ DISTRACCIONES ~

### REFRAN EN ACCION



### CHARADA

El que *primera primera*  
con exceso, mal acaba.  
Una consonante es *tercia*,  
y *cuarta quinta* se llama  
á una cosa ya muy vieja  
ó una idea ya anticuada,  
y salvo la ortografía,  
ustedes *primera cuarta*  
como *dos primera cuatro*  
á Cuba los de la *Guásima*  
destruyendo la riqueza  
y haciendo allí tablarrasa,  
y dándonos con el *todo*  
la más soberana lata.

### FUGA DE VOCALES

P.r. m.r.r.t. m.s. j.s.,  
p.r. .br.g.rt. m. p.ch.,  
p.r. .rr.ll.rt. m.s.l.b.s.,  
p.r. g..rd.rt. m. h..rr.

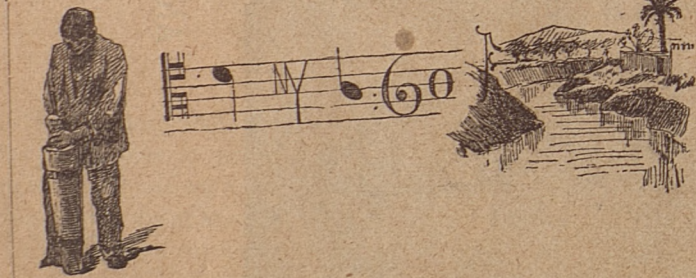
### CHARADA EN ACCIÓN

2.<sup>a</sup> 1.<sup>a</sup> 3.<sup>a</sup> 4.<sup>a</sup>



RAMÓN ANGLÉS.— Imprenta y cromotipia, Fomento, 3.

### JEROGLÍFICO



### CHARADA

La *primera* es consonante  
y *primera dos* también,  
y aunque parece pesado,  
*tercera* también lo es.  
La *cuarta* es una vocal,  
y el robo, aunque no es un pez,  
pasa en el agua su vida  
pero muy requetebién.

## Biblioteca Artística

### DETALLES DE ORNAMENTACIÓN

DE LOS

PRINCIPALES MONUMENTOS DE ESPAÑA Y CON ESPECIALIDAD DE LOS

HISPANOS—ARABES

POR

*Felix de la Torre*  
ARQUITECTO

Y

*Francisco Arnau*  
Profesor de la Escuela central de Artes y Oficios correspondientes de las  
Academias de la Historia y Bellas Artes de S. Fernando.

### TOMO PRIMERO

San Juan de los Reyes, 24 láminas y texto. Precio 15 pesetas.

EN PRENSA

Estudio de los monumentos Mudejares de toledo, 24 láminas y texto.

Precio 15 pesetas.

Colegio de Santa Cruz—Toledo: 16 láminas y texto. Precio 10 ptas.

Estudio de los principales monumentos Románicos de Avila, 16 láminas  
y texto. Precio 10 pesetas.

La suscripción puede hacerse por cuadernos completos ó por entregas de cuatro  
láminas al precio de 2,50 pesetas.

De venta en las principales librerías y en la Administración de "APUNTES"

**VALENZUELA, 10.--MADRID.**



CAV  
PVIG  
ARENYS

# SOBRINOS DE RUIZ DE VELASCO

MONTERA, 7.

MADRID

*Casa especial*

DE

ROPA BLANCA

*La más acreditada y  
mejor surtida*

*para*

EQUIPOS DE

NOVIAS

Canastillas

DE

recien nacidos

CAMISERIA

*y generos de punto.*

PRECIO FIJO